

Bruno Maia

La historia no tiene fin, la sexualidad tampoco

La homofobia, la lesbofobia, la bifobia y la transfobia, a semejanza del patriarcado y de la discriminación de las mujeres, no surgen en el mundo con la aparición de la sociedad capitalista industrial: son previas a ella. Paralelamente, la homosexualidad y la transexualidad no son invenciones modernas en la historia humana. Estuvieron siempre presentes en nuestra realidad. Las grandes civilizaciones de la era pre-católica del Mediterráneo, Oriente Medio o Extremo Oriente vivían la sexualidad de forma tan distinta como la distancia que las separaba, desde historias de transexualidad pública en sociedades hindúes a tómulos egipcios con inscripciones de amor entre hombres.

La aparición de las primeras sociedades íntimamente conectadas al dominio judeocristiano marcan el inicio de una persecución sistemática a todo tipo de sexualidad no reproductora que dura hasta nuestros días. La homosexualidad, a través del poder religioso y del catolicismo, asume su primer gran papel histórico: el de pecado.

Más tarde, la austeridad de la Edad Media profundiza en esta persecución, al mismo tiempo que los conquistadores europeos en su expansión por el mundo afroamericano usan la “sodomía” como una de las justificaciones ideológicas para la conquista y “moralización” de otros pueblos. Muchos de estos países ex-coloniales, hoy independientes, aún tienen leyes contra la homosexualidad que fueron impuestas por los colonizadores: las ex colonias portuguesas del centro y del sur de África son un buen ejemplo.

Estado, capitalismo y familia tradicional. Con la revolución industrial inglesa y su expansión por Europa, surge un nuevo protagonista en la historia: el proletariado industrial y urbano. Paralelamente, las ciudades se desarrollan a un ritmo alucinante, situando en la lista de preocupaciones del Estado bur-

gués el conocimiento demográfico de sus habitantes. La urgencia de este conocimiento es la expresión de una necesidad básica del capitalismo: preservar la fuerza de trabajo, procurando controlarla y reproducirla de acuerdo con las exigencias de la nueva industria. El miedo de la clase dominante es el miedo a la emancipación social de la clase oprimida y en función de esa posible realidad, la burguesía va a recurrir a los más diversos medios de “fiscalización” que permitan prevenirla; lo hace a nivel político, de desarrollo personal y, claro está, de la sexualidad y la organización familiar. La unidad familiar tradicional, previa también a la era industrial, es apropiada por la clase explotadora dado que es un instrumento de control social y un obstáculo a la emancipación de los trabajadores.

Es también por este tiempo cuando surgen los primeros desarrollos de la medicina científica, con los avances en anatomía patológica de Charcot. Casi simultáneamente se crea una medicina de Estado (desarrollada inicialmente en Prusia), volcada en el conocimiento epidemiológico de las grandes poblaciones y con la intención de higienizar a las clases oprimidas y apartarlas de la clase dominante, por el peligro de “contaminación” (se crean los hospicios y los sanatorios y se desarrolla la técnica de la cuarentena). La medicina estatalizada sirve así, oportunamente, a un propósito básico de control: la salud pública permite que no se desperdicie la fuerza de trabajo, ofreciendo a los trabajadores cuidados básicos sanitarios que los mantengan físicamente aptos para el trabajo en las fábricas.

La burguesía encuentra así mecanismos para perpetuar la dependencia del individuo en relación con una estructura de familia que lo mantiene “controlado”. Lo hace, por una parte, a través de la división sexual del trabajo —el hombre desarrolla la fuerza física, mientras que a la mujer le está reservado un papel de organización doméstica y de reproductora de la fuerza de trabajo— hombres y mujeres se vuelven, en un primer análisis, interdependientes, pero el trabajo que es considerado productivo es aquel que es desempeñado por el hombre y que le confiere el papel central en las relaciones de producción, justificándose así la figura del jefe de familia; la mujer es, en último análisis, un complemento económico de la familia y dependiente de la figura patriarcal. Por otra parte el Estado reserva a la mujer el papel de “cuidadora” de los dependientes. La familia es responsable del sustento económico y emocional de los niños y de los ancianos, volviéndose estos últimos supervivientes de y por la familia. A este trabajo de cuidados, Marx lo llamó “plusvalía no reconocida” por representar fuerza de trabajo no remunerada y por desempeñar un papel fundamental en la economía: exime al Estado de esta función social y sobrecarga con los deberes familiares a la mujer dejando al hombre libre para el trabajo físico. Este tipo de economía informal asociada a la división sexual del trabajo vuelve a los individuos dependientes de la estructura familiar tradicional y hace imposible cualquier otra forma de organización social. Las relaciones de producción son mantenidas por

la familia tradicional. Es ésta una de las formas en las que la burguesía controla materialmente a sus explotados.

Pero no sólo la superestructura de la sociedad capitalista se ocupó de complementar aquello que la infraestructura garantizaba: la ley consagra beneficios a las familias exclusivamente heterosexuales y procreadoras, los saberes y el conocimiento caracterizan a los individuos fuera de esta estructura como aberrantes, las fuerzas represivas criminalizan y persiguen y la medicina categoriza a estos individuos como “patológicos” y aseguran su “desvío” como potencialmente tratable. En estas categoría se incluyen muchos individuos: prostitutas, estériles y homosexuales. La sicopatología gana en importancia en la medida en que va clasificando los “disturbios del foro sexual” como resultantes de la disfunción familiar: hombre y mujer asumen papeles específicos tanto social como sexualmente y el escapar de ellos supone pasar al dominio de la enfermedad, de la “peste”. Los homosexuales son rechazados de la vida social, internados en asilos y perseguidos por las policías del Estado. La homosexualidad asume su segundo gran papel histórico: el de enfermedad.

El modo de producción capitalista es asegurado por la familia tradicional; la clase dominante se apropia, para defender esta unidad estructural, del patriarcado y del sexismo. La moral dominante es burguesa y los instrumentos de control social son múltiples y al servicio de esta necesidad.

El heterosexismo. Los primeros blancos de esta “moral sexual burguesa” son, naturalmente, las mujeres. La necesidad de regular su capacidad reproductiva y el papel masivo que desempeñan en la economía informal es un objetivo primordial de las sociedades capitalistas a través del refuerzo y de la continua readaptación de los valores patriarcales. Sin embargo, el desmoronamiento de los modos de vida tradicionales, de la dependencia económica de las grandes familias frente a las condiciones de vida del nuevo proletariado urbano, exigía igualmente la persecución moral de todas las identidades y vivencias que cuestionaran el patriarcado y la ideología de la familia tradicional, el carácter inevitable de la unión hombre-mujer y de la sexualidad como únicamente procreadora. El rechazo moral de las identidades homosexuales, junto con la totalidad de las normas y valores del patriarcado, es asumida como estructurante en las nuevas sociedades capitalistas: se convierten en ejes fundamentales de control social del nuevo proletariado.

El heterosexismo surge como complemento del patriarcado. Se constituye como norma cultural y sistema político que eleva la heterosexualidad y los modos de vida tradicionales al estatuto exclusivo de “naturales”, en oposición a los modelos “desviados”: la homosexualidad y las identidades y comportamientos de género que no se ajustan a la dualidad hombre-mujer y a la desigualdad reservada a esos dos papeles de género.

Los sentimientos homofóbicos, lesbofóbicos, bifóbicos, transfóbicos y, en

general, el rechazo de todas las sexualidades contrarias a la primacía procreadora de la moral sexual burguesa son, de esta manera, no solo un reflejo cultural y universal de esta moral sino, casi globalmente, verdaderas políticas de Estado.

El combate al patriarcado y la lucha anticapitalista. No existe ninguna ideología o combate político que pretenda cambiar el orden capitalista del mundo, si no es capaz de combatir y destruir los cimientos que los sustentan. La lucha contra el patriarcado es indispensable para la construcción del socialismo: no hay socialismo sin igualdad entre hombres y mujeres.

Hemos analizado aquí de qué forma la relación entre los individuos y su sexualidad pueden depender de las relaciones de producción en una sociedad capitalista. Aún más, hemos señalado cómo el capitalismo instrumentaliza las relaciones entre los individuos para asegurar su modo de producción y la acumulación de plusvalías. Estratégicamente, combatir el modo de producción capitalista es despojar a la clase dominante de esos mismos instrumentos y es así como la lucha por el fin del sexismo y de la *lesbigaytransfobia* es una lucha anticapitalista.

Pero con esto no podemos concluir que la lucha de las y los trabajadores contra la explotación vaya a acabar con estos sistemas de dominación y con este modo de producción. Tal como hemos señalado en el primer apartado, sexismo y homofobia son previos al dominio de la burguesía, tienen raíces milenarias, forman parte del imaginario colectivo y de las culturas más antiguas de la humanidad. La lucha feminista y la lucha LGTB son combates culturales esenciales a la construcción socialista, pero no pueden subordinarse a ninguna prioridad: son parte de la lucha anticapitalista y no parientes menores de ésta.

Por otra parte, el feminismo y la lucha LGBT no son únicamente el combate por conquistas legales o la igualdad formal en el marco de los Estados capitalistas: son el cuestionamiento profundo de las relaciones entre hombres y mujeres y de la vida sexual de cada uno o cada una. Una estrategia revolucionaria no puede considerarse como tal si no revoluciona también ella los papeles de género que desempeñamos y si no cuestiona también lo que significan los conceptos de hombre y mujer en la vida cotidiana de los individuos, en sus relaciones y en sus afectos. El amor, la amistad, el sexo, el género y los papeles que desempeñamos en la sociedad están imbuidos de prácticas y símbolos de la dominación patriarcal: también luchamos contra estas “pequeñas cosas” de la vida cotidiana, que perpetúan esta dominación. El socialismo también se construye por una vida nueva, un amor nuevo más libre, más igual y más solidario; es además así como se hace más fuerte.

La homofobia: sistema político y universal. La universalidad de la homofobia es hoy incuestionable: nueve países del mundo contemplan y aplican la pena de muerte para los “actos de sodomía”. Setenta y cinco países apli-

can penas que van desde el pago de multas hasta la, más frecuente, pena de prisión, incluyendo la prisión perpetua. Para gran parte de la población LGBT mundial la represión es la realidad cotidiana, enfrentándose a la cárcel, a la tortura, la violación e, incluso, el asesinato. No obstante, en ningún país del mundo las identidades sexuales y de género fuera de la norma están libres de discriminación, incluso cuando no existe una persecución social y/o legal sistemática y en ninguno de ellos existe igualdad completa para la población LGBT. En éstos la homofobia se expresa en todas las esferas de la política, el trabajo, la familia, la educación y hasta en los aspectos más íntimos de la vida cotidiana.

Para millones de personas en todo el mundo, particularmente en los países dependientes, las relaciones entre personas del mismo sexo son vividas en los márgenes de la vida familiar, frecuentemente de forma clandestina o escondida tras la fachada de una boda heterosexual, de la que las mujeres son dependientes en términos de supervivencia. Paralelamente, millares de personas transgénero, no conformes con la norma binaria masculino-femenino, no pudiendo o no queriendo encajar dentro de la familia reconocida socialmente, son expulsados a los márgenes del mercado de trabajo más estigmatizado y de la vida social, mucho más expuestas al rechazo moral y a las expresiones más violentas de la discriminación.

Europa no es la excepción, a pesar de los recientes avances en la legislación de algunos países: jóvenes en edad escolar expulsados de casa, agresiones populares, policiales o de la extrema derecha, discriminación en el empleo, en el acceso al trabajo, en los centros de salud, negación de donación de sangre a los homosexuales masculinos, persecución escolar a parejas de jóvenes homosexuales, agresividad social generalizada ante la visibilidad cotidiana de afectos entre personas del mismo sexo o contra personas transgénero, discriminación en las decisiones judiciales relativas a la custodia de los hijos, en el acceso a la vivienda y en los préstamos para adquirirla, son apenas algunas de las más recientes situaciones que se han hecho públicas en el espacio europeo.

Neoliberalismo, dependencia y mercado rosa. Las conquistas sociales alcanzadas por el proletariado a lo largo siglo XX en Europa, que permitieron en muchos casos el fortalecimiento del Estado social, proporcionaron espacio para algunas de las emancipaciones sociales en el dominio familiar: el voto para las mujeres, el divorcio, la criminalización de la violencia doméstica, entre otros. Pero la caída del llamado “bloque socialista” y el desarrollo desenfrenado del neoliberalismo van a confrontar a la clase explotada con una nueva realidad: la desestructuración del Estado Social va a devolver a las familias muchas de las responsabilidades económicas antes asumidas por el erario público: gastos como la salud, la educación, los cuidados a dependientes, etc... Esta realidad, conjugada con el no reconocimiento legal de otros

tipos de familia u organización que no sea la célula del patriarcado, crea una dificultad creciente a la población LGBT: la emancipación de sus sexualidades no es posible mientras éstos sigan siendo dependientes de su familia original. Muchos jóvenes homosexuales, desempleados, estudiantes y precarios entre otros, esconden muchas veces su sexualidad por miedo a las represalias dentro de la propia familia de origen, de la que dependen económicamente. La “salida del armario” queda así reservada a individuos económicamente solventes. Esto representa una diferenciación brutal dentro de la comunidad LGBT: sólo quienes tienen empleo estable y posibilidades financieras medias o superiores pueden atreverse a asumirse públicamente, estando una gran mayoría de individuos LGBT escondidos dentro del “viejo armario”.

Por esta razón el neoliberalismo empezó a mirar hacia la comunidad LGBT pública, mayoritariamente constituida por hombres blancos de clase media alta como un nicho de mercado de inversiones prioritarias. El llamado “mercado rosa” representa en las grandes ciudades europeas y americanas la inversión de capital en la comercialización de bienes de consumo específicos para una comunidad económicamente poderosa. Los bares, las tiendas, barrios como Chueca en Madrid, Soho en Londres o Le Marais en París, representan guetos de inversión privada que ofrecen la oportunidad a una determinada élite económica y cultural (el hombre blanco de clase media) de una vida asumida públicamente, apartada y protegida relativamente de la violencia discriminatoria. Estos grandes centros urbanos ofrecen una especie de “liberación” a través del consumo. Pero estas realidades enmascaran, sobre todo, la cuestión de clase: la clase explotada no tiene acceso a los bienes de consumo, por tanto no tiene “derecho” a su liberación. El mercado crea dos tipos de ciudadanos LGBT: aquellos que integra por el consumo y todos los demás que no considera y que están expuestos a la discriminación diaria en el empleo, en la escuela, en la familia o que se esconden, muy al fondo del armario, para poder sobrevivir.

La lucha contra la discriminación tiene que ser hoy parte del mismo combate que se alza contra la precariedad, el desempleo, la privatización de la escuela o de los sistemas de salud. Porque la lucha por una vida más digna y con más derechos sociales para todos y todas es la que permite que todas y todos puedan disfrutar de su sexualidad, sin condicionamientos de orden económico.

Crisis, xenofobia y extrema derecha. El neoliberalismo atraviesa una de las crisis financiera más graves del último siglo. En los últimos diez años, más allá de la actual crisis financiera, el mundo occidental ha visto acentuarse una crisis social: el aumento del desempleo, la precariedad, la no sostenibilidad ecológica del modelo liberal, el aumento de la inmigración sin derechos proveedora de trabajo casi esclavo para los países europeos, dibujan el cuadro de esta creciente crisis. Ésta corresponde en muchos países europeos a la

degradación de las condiciones de vida de las poblaciones sin que exista un resurgimiento del movimiento obrero o una alternativa de masas a la izquierda para responder al descontento generalizado. La aparición de los movimientos alterglobalizadores y del movimiento contra la guerra representó, en un determinado momento, una esperanza creíble, para luego ser escenario de desmotivaciones y abandonos. Todo este contexto es, históricamente, favorable a una cierta polarización de la sociedad en torno a campos políticos más “extremistas” y así vimos en los últimos años el resurgimiento de la extrema derecha organizada y violenta, donde muchos encontraron alguna respuesta para la crisis. En otros casos, incluso cuando la extrema derecha no crece, asistimos a la apropiación de alguno de sus ideales por los partidos liberales más a la derecha, como sucedió con la elección de Sarkozy en Francia. La xenofobia y el racismo aparecen en la escena política y en la sociedad de forma creciente, representando el deseo general de encontrar un “chivo expiatorio” para todos los problemas, siendo, en la mayor parte de los casos, los inmigrantes las primeras víctimas. Homo, bi y transexuales son muy frecuentemente víctimas de este contexto social, tal como observamos en los últimos años por los casos de asesinatos de ciudadanos transgénero (Gisberta en Portugal o Rosa Passos en Sevilla). La crisis genera desconfianza colectiva y quiebra lazos de solidaridad. La diferencia es sentida como amenaza y la sexualidad no heteronormalizada representa esa amenaza y esa desconfianza –la profundización de la crisis capitalista neoliberal genera racismo y les-bi-gay-transfobia, sobre todo en tiempos históricos en los cuales estas identidades están más visibles y, por tanto, más expuestas al rechazo colectivo.

Las luchas feministas y LGBT se presentan en este nuevo siglo en varios frentes: se encuentran en diversas redes de solidaridad y se confrontan con nuevas realidades. La lucha contra la precariedad, contra el racismo, por un mundo ecológicamente sostenible, entre otras, son luchas cada vez más aliadas del combate sexual y cada vez más necesarias para derribar la plaga explotadora de los hombres y las mujeres que es el capitalismo.

El neoliberalismo se fortaleció después de la caída del muro de Berlín y a partir de ahí se afirmó como ideología y modelo único. Pero a todos aquellos que proclamaron el fin de la historia en la década de los noventa respondemos hoy con su propia crisis pues ella representa su gran contradicción: la historia nunca tendrá fin mientras existan posibilidades de volver el mundo un lugar más justo y más solidario y mientras haya mujeres y hombres dispuestos a luchar por eso.

Bruno Maia es militante del Bloco de Esquerda www.bloco.org